



LA GAVIOTA

Era menos tarde cuando me fui a la playa, a la que iba a diario.

Tumbado sobre la arena, mirando hacia Cazorla de Jaén, veía el Cementerio cipresino, junto a la mansión la Gaviota, en Comillas, que allí le nombran el Cortijo de los Callaos. Cementerio que dicen episcopal en tiempo de los godos.

El cielo está menos diáfano que ayer, y ahí, los muertos hacen menos de lo que se dice; tienen menos que hacer que ayer, y lo menos que puede pedírseles es que estén callados.

Las sepulturas todas se inclinan hacia el mar, mirando hacia el Horizonte, como esperando ese barco que vieron antes de morir, y que nunca llegará. Tan sólo vendrá algún que otro muerto nuevo que les empujará por lo bajo, y les dirá:

-Iros de aquí, a menos que llueva.

Ahora me pongo de costado, mirando la costa por mi lado izquierdo. Doy una cabezada y, al despertar, siento detrás de mí un cuerpo de hombre. Lo sé, porque ha colocado entre mis muslos un rabo como de Menianto, que yo veo, super espermático, pues le queda lúpulo en la punta del capullo como de cerveza blanca.

Giro la cabeza y miro al personaje: Es un sujeto con cara de cura párroco pedófilo chiquitín y remilgado, con ese estilo que tenían los confesores que se hacían pajas en las cortes de los príncipes, o se las hacían al Principito o Princesa de turno.

Le pregunto:

-¿Por qué me ha hecho usted esto mientras yo dormía?

El me responde:

-Hoy es mi onomástica, y celebro mi fiesta orgásmica.

-Pues podía habérsela metido en su propio ojete, tío cerdo.

-Hijo mío, fui intérprete del Sexo en Constantinopla y, más adelante en Austria, y escribí con la polla una obra, esta: “Thesaurum Penilingum Cunilingum Orientalum”, al estilo de Meninski, y he querido dejarte en tu muslo derecho un tatuaje; este que ves y que dice: “Por el Menorete: Tu Ojete”.

Yo tenía menos de veinte años, y no supe qué decir. Tuve que pasar por eso, resignarme porque era un enviado de dios con menos de cuarenta años.

No pude menos de consentir en ello. Al fin y al cabo ya estaba hecho. Y sé que le echaría de menos, pues, en menos que se persigna un cura loco, me robó la cartera.

Eso sí, me dijo:

-De menos nos hizo Dios, majete. Mira, en aquella ménsula, meseta o repisa del Cementerio la Gaviota, me verás sentado, dentro de poco, pasadas las menos diez, sermoneando a los muertos.

Sentí desprecio por él. Por obstáculo mecánico, se me retuvo un lapo que iba a dirigir contra él.

Ni corto ni perezoso, como quien ha roto antes muchos ojetes, antes de marchar, me dijo:

-Soy mensajero entre el Cementerio y la Playa. En atardeceres tan tontos y pesados, me acerco a los y las jóvenes solitarios, y eyaculo sobre ellos, midiendo, antes, la mensurabilidad de su cuerpo con la polla; tocándoles el badajo o el chichi, si puedo alcanzarles con la mano.

-Largo de aquí, mentecato, imbécil, necio, bobo, majadero, le grité. Que buscas mendrugos de pan blanco en cama de galgas y galgos.

Marchando hacia el Cortijo de los Callaos, le escuché decir:

-Aquí en la Playa como en el Cementerio no hay más que mentalidad senil. No hay manera de apreciar las cosas.

Me fui y arrojé al mar, limpiándome de los calostros que me había dejado el bujarrón, limpiándome la boquilla donde, ahora, giraba mi dedo índice, cual canilla.

-Daniel de Culla